

E N T R E V I S T A

LOUIS ARAGON

Por Bernard LAVILLE

RECUERDO el campo en las afueras de Milly, la nieve y el frío. Recuerdo la tristeza de algunos rostros y la incertidumbre de la infancia. Recuerdo el invierno de 1944 y las grandes hogueras, menos ardientes que el frío.

Tenía yo doce años, éramos varios esa tarde, y cumplíamos una promesa ritual. Conocíamos el texto, comprendíamos su futilidad y adivinábamos que sólo nuestra resignada inocencia le confería un cierto valor. Éramos niños prudentes.

El mayor —creo que lo llamábamos “el Jefe”— se aproximó al fuego, en el centro de nuestro círculo. No nos miró. Nada nos preguntó. Leyó un poema; al principio velozmente, sin resuello, como si se avengozara de violar las reglas; luego con más seguridad. Y las palabras, por primera vez, con su poder, con su magia, buscaban ser comprendidas. Un poco desorientados evitábamos precisar ese murmullo, poner a prueba esa emoción. Las mejillas enrojecidas, erguidos, esperábamos no sé qué. Solamente mucho después aprenderíamos la historia.

Después de terminada su lectura, el mayor nos dio el título del poema y el nombre del autor: *La rose et le réséda* de Louis Aragon. Nos indicó que aquél estaba vivo... Vivo como esas hogueras, vivo como ese frío, vivo como nuestra propia infancia. Vivo: compartiendo su parte de miseria. Vivo: con nosotros...

Así fue como comenzó todo.

Enero 1959. Acabo de regresar de México hace algunos días y volveré para fines de mes. En este momento estoy instalado en la terraza de un restaurante, *boulevard Poissonniere*. He pedido un café mientras me despabilo en esta mañana de ambiente de *tweed* y colonia. Todo tiene el sabor de un espectáculo. Estoy excluido de esta ciudad y no existo más que por referencia. Todo me parece maravilloso, incluso la mu-

jer de papel pintado que devora la fachada del Rex, en frente: *Un gato sobre el tejado caliente*. Dentro de poco, en el cuarto piso de la “rue du Faubourg Poissonniere” número 5, voy a encontrarme con Louis Aragon en su oficina de *Las Letras Francesas*.

Sé que no diremos nada. Le haré las preguntas de costumbre. Él contestará algunas; eludirá las otras. Pero todo lo demás... que su obra es necesaria a mi vida cotidiana como el pan y el vino; que yo, durante mucho tiempo, a su imitación, he amado a una mujer, evidente como el mañana, creyendo encontrar en ella la regla de oro necesaria a mi existencia. No le diré que he recobrado mi valor con la lectura de *Cloches de Bale* o *Beaux Quartiers*, cuando nacía el aburrimiento de *El manifiesto* y que Marx me abandonaba. Y ese amor por los demás, ¿será aún capaz de darme valor? ¿Podrá disuadirme de esa especie de alejamiento que siento cada día más al considerarlo? ¿Preferirá hacer callar mis escrúpulos o abandonarme a ese sentimiento siempre presente de ser culpable, ese desgarramiento, mi pecado?

Y las decepciones, los fracasos, esta soledad que he compartido con él tanto tiempo: esos comunistas militantes, soldados junto conmigo en la guerra de Argelia, esos camaradas, ¿qué saben ellos de mañana? ¿Cómo pueden aprender a vivir si tienen miedo de morir? Yo les leía *Les Yeux et la Memoire*. Me escuchaban forzados, sonriendo por pudor, con esa expresión de ausencia de inteligencia que se encuentra en los rostros de las pinturas primitivas, desesperante: ese vacío. El señor André-Mauvois cristalizaba sus deseos, sus ambiciones. “Climas” era el “sésamo” de esa humanidad en gestación. Y esos amigos mexicanos que me acusaban casi de puerilidad en mi admiración hacia mi poeta, como si lo que dice no fuera ya suficientemente complicado. Y todos

aquellos que no saben qué decir; y todos aquellos que no saben reír; y todos aquellos que no saben leer; y todos aquellos que no saben vivir... No habrá nadie que adivine “el olor de las acacias descendiendo hacia el Sena”, nadie para aborrecer “esa avenida Wagram”, nadie para ser “feliz hasta morir”.

Mi memoria es mala, mi corazón torpe; nunca he logrado pegar una calcomanía y tengo en la cabeza recuerdos que no sé expresar. Son, sin embargo, bellas imágenes. Las asocio siempre a su verbo, a sus ritmos, a su oficio, y me gustaría, a veces, dárselas en un paquete para que hiciera con ellas un ramo que me ayudara doblemente a vivir. Ambres gris, a fines de noviembre, a la luz del diamante, no obstante rosada y golosa.

Al canto de una “Saeta” el esqueleto de un Cristo baila, testarudo, llevado por los tricornos negros de la “guardia civil”. La virilidad de un vino seco y blanco hace gritar a Sevilla en el crepúsculo; perfume de cirio y de naranjos... Una noche de junio, cerca de Ravena, el Adriático aún tibio, casi caliente... Gilberta llegó ya con sus cámaras. Tomaremos fotografías.

*

Apareció por el fondo del corredor, alto, delgado, sonriente. Entramos a una oficina cómoda y agradable. Noto la presencia de un busto de Balzac, que no me gusta, y la Paloma de Picasso, sombría entre las dos ventanas, al abrigo de la luz. Experimento el confort de una alfombra. Armonía en rojo, verde y blanco; descanso. De pie tras de la mesa de trabajo, el director de *Las Letras Francesas* revisa distraídamente su correspondencia. Un sobre blanco llama su atención. Lo abre. le da una ojeada y lo deja caer sobre el escritorio.

Nos busca con expresión cansada. Habla:

¡Se creen obligados a enviarme poemas!

Oculto discretamente entre las hojas de un periódico los textos que quería enseñarle. Me siento; él se reclina en su mesa, el pecho contra la madera, los dedos en muesca, prodigiosamente atento. Él escucha. Yo hablaré.



“Se creen obligados a enviarme poemas”



“El escucha. Yo hablaré”



Fotografías de Gilberte Moraisin

—A través de su vida pública usted demuestra un profundo optimismo en el porvenir de la humanidad. Sin embargo, en su obra se encuentran a veces acentos desesperados; pienso en ciertos poemas y en ciertas páginas del *Roman Inachevé*. ¿Debe uno considerar que su optimismo priva sobre su pesimismo?

Louis Aragon se recuesta, coloca de nuevo el sillón, cruza las piernas. De ahora en adelante cambiará muy a menudo de posición.

—Usted sabe bien que optimismo y pesimismo no existen el uno sin el otro, como el negro y el blanco...

¡Qué contestación más rara! ¿Me habré explicado tan mal como para que él no me haya comprendido? Insisto:

—¿Piensa usted, maestro, que el sufrimiento moral sea a la vez inherente y necesario al hombre?

—Personalmente he sufrido mucho, cuando dejé a mis amigos surrealistas hace treinta años. Conozco también el sufrimiento a través de dos guerras, usted sabe que he sido médico.

Hace memoria y prosigue con cierta negligencia.

—Yo no sabría leer muy lejos en el porvenir... El hombre irá a la luna, seguramente, antes de que ese sufrimiento lo haya abandonado. Pero en seguida...

—¿Qué piensa usted de la obra del padre Teilhard de Chardin?

—Tengo muy buenos amigos católicos; unos sienten gran admiración por el padre, mientras que otros lo consideran prácticamente un hereje. No me tomaré la libertad de formar un juicio sobre un tema del cual me excluyo. Estoy, en efecto, completamente descristianizado. Le diré simplemente que la obra del padre Teilhard de Chardin me conmueve por su gran sentido humanitario.

¿Habrá leído realmente a Teilhard de Chardin?... Veo que me supone "cristianizado".

—En una conferencia en México sobre "Poesía Francesa de Hoy" asocié su nombre principalmente a los de St. John Perse, Marie Noël, Jean Ganet, Henri Pichette, Charles Dobzinski. ¿Qué piensa usted de esa elección?

—Es una mezcla curiosa en la que hay muchos ausentes. Pienso particularmente en uno de ellos: Pierre Reverdy.

—¿Qué piensa usted de la obra de Jean Genet?

—Le contestaré como lo hice sobre el padre Teilhard de Chardin. Es un campo que me es totalmente ajeno.

Creo que ese campo es el de la poesía y vienen a mi memoria los últimos versos que escribiera Genet para su magnífico poema *Le Condamné a Mort*.

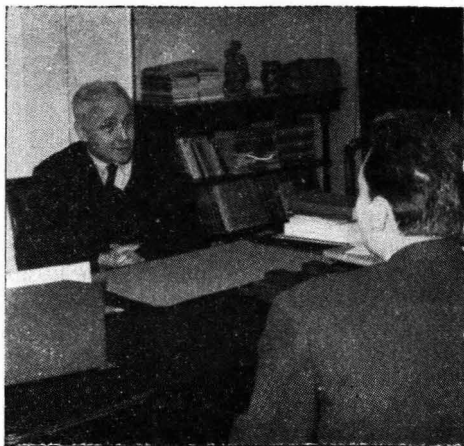
*Le ciel peut s'éveiller, les étoiles fleurir,
Ni les fleurs soupirer, et des prés l'herbe
noire
accueillir la rosée ou le matin va boire,
le clocher peut sonner, moi seul je vais
mourir.*

Ha sido Louis Aragon —la poesía misma— quien ha contestado. El corazón me da un salto.

—¿Piensa usted que Boris Pasternak merecía más que cualquier otro escritor ruso el Premio Nobel que le ha sido otorgado?

Temía abordar este tema. Me equivocaba. Aragon se muestra expresivo.

—Boris Pasternak es un gran poeta. Puedo decirlo porque leo también el



Bernard Laville con Louis Aragon

ruso; pero ¿por qué no se le dio el Premio Nobel el año pasado? Considero a St. John Perse como el más grande de los poetas franceses en vida, creo que él merecía ese premio. Usted me dirá que no podía serle otorgado a un francés dos años consecutivos; pero ¿quién obtuvo el Premio el año pasado?... (Sonríe maliciosamente y le devierte reducir la importancia de la persona que va a nombrar, esforzándose por recordar su nombre) Albert Camus.

(Aún sonríe, y ya serio, dice bruscamente). El premio otorgado a Boris Pasternak este año tuvo una significación política. El día en que St. John Perse escriba un libro sobre el general De Gaulle —y nadie ignora lo que él piensa sobre esto—, ese día, quizá se le otorgará el Premio Nobel.

Una pregunta me interesa. Es la que le voy a hacer.

—¿Piensa usted, maestro, escribir teatro algún día?

—Ciertamente que no. Mi arte no es un arte colectivo. (Se ríe de la última palabra). Me sería insostenible comparar mi obra con los intérpretes, productores y técnicos. Además no conozco su oficio. Le voy a confesar por otra parte que no me gusta oír mis poemas a otra persona que no sea yo, con excepción de Madeleine Renaud y de Jean Louis Barrault.

Le he hablado bien poco de su obra, pero ¿cómo puede uno hablar de lo que ama? Nunca lo he sabido... ¿Qué objeto tendría decirle que he leído cinco veces *Le Roman Inachevé*, y que caminando por las calles, perdido en mis pensamientos, sus versos afloran solos a mis labios... Se habla mucho de la *Semaine Sainte* en este momento y he traído el libro conmigo. Es una manera de hablar de él sin tener que limitarse a las palabras.

—Su último libro parece haber sido acogido por la crítica con un entusiasmo desmesurado. He leído todas las críticas y...

Dije eso mecánicamente. Aragon se sobresalta.

—¡Todas! ¡Qué pretensiones, jovencito! Yo mismo no las he leído todas. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiséis.

—Veintiséis años... Es joven y se cree un viejo... Sí, sí, sí... Lo sé. No se disculpe.

Estoy a la vez sorprendido y feliz de ver que se divierte. Aprovecho para decirle que los personajes de su último libro no me han parecido convincentes. Le confieso que no lo he terminado. Él me contestará que a cada edad y en cada época nos identificamos con personajes

diferentes. Me aconsejará que termine *La Semaine Sainte* y en su dedicatoria me incitará "diversamente a la fidelidad".

Al comenzar nuestra conversación Louis Aragon me pidió que le hiciera las preguntas en forma global. De este modo, eludió cortésmente aquellas que le molestaban y nunca sabré lo que piensa de *El Doctor Jivago*.

Nuestra plática ha terminado.

Me dirijo a la Estación del Norte, pensando que la entrevista ha sido realmente inútil. Las preguntas no se hacen para obtener respuestas, sino un intercambio de ideas, una corriente de simpatía o sencillamente un relato, consejos, una orden.

La vida, con sus circunstancias y su magnífico desorden; la vida con los hombres; ese púlpito siempre me ha parecido el más alto lugar de justicia.

Pero tengo necesidad también de mi padre, y más aún de la obra del poeta...

Louis Aragon tiene sesenta y un años. Quizá un día me confiará el peso de sus años y la aventura del tiempo; quizá me enseñará la diferencia entre lo irrisorio y lo esencial. Y ese desorden en nosotros mismos, de utilizar siempre nuestra energía disponible en direcciones opuestas, inevitables, esa necesidad de unidad, ¿me enseñará él a armonizarlas? ¡Quizá un día me hablará del hombre, esta humanidad!

DEL AMOR

EL DESDICHADO POR LA HONRA

Por Lope de VEGA

CRECIÓ el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la ejecución de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruido y tantas casas han abrasado. Llegaron las palabras a darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey a Felisardo algún grave oficio, que para la calidad de Silvia era necesario; y como amor es mercader que fía, aunque después nunca se pague, que esto tiene de señor, cuando ama, que no hay cosa que le den en confianza, que no reciba, ni alguna que después, si no es por justicia, pague; permitió que Felisardo llegase a los brazos, hasta allí tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder encubrir mal lo que antes desta determinación estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué común alegría-celebraban sus vistas los amantes, en su imaginación esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento, y Silvia le creía; que como cada uno se ama a sí mismo, por opinión del filósofo, aunque tema, da crédito, por entretener su gusto; que nadie quiso tanto al otro, que no se quisiese más a sí mismo. Y así, cuando vuestra merced oiga decir a alguno, cosa que no le puede suceder, que la quiere más que a sí, dígame que Aristóteles no lo sintió esa suerte; y que a vuestra merced le consta que este filósofo era más hombre de bien que Plinio, y que trataba más verdad en sus cosas. Notable es la fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, terrible, cruel y desatinada.